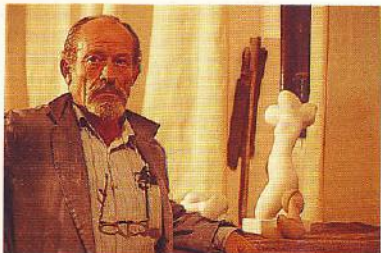


RAMON ABRANTES



Obra Socio-Cultural
Caja Salamanca y Soria



10

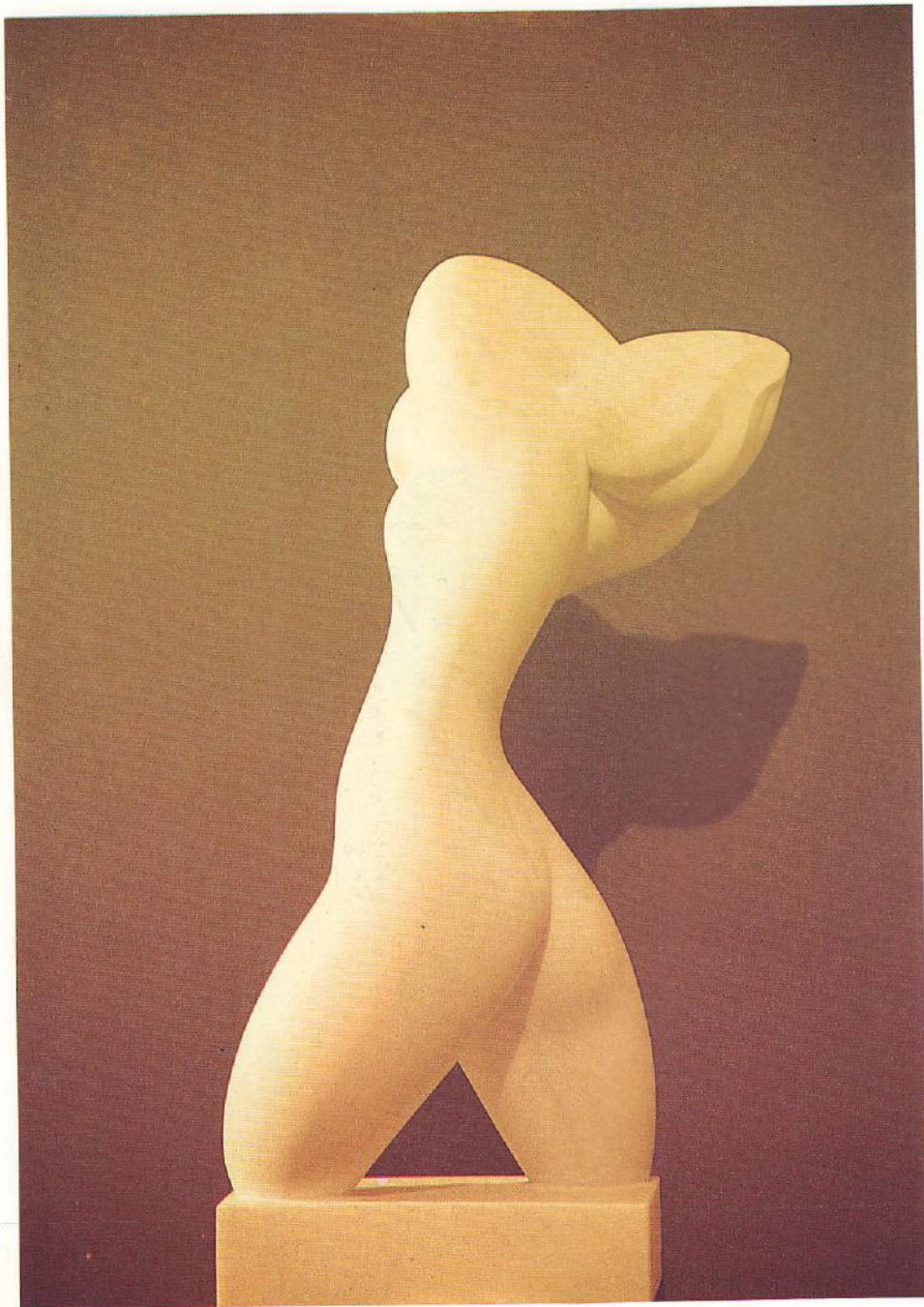
Ha venido abrantes adiestrándose con placer infatigable en todas las técnicas y herramientas de su oficio, en hacerse artesano ejemplar de las varias artes de la lucha con la materia. Es decir que, en un mundo que cultiva el estilo personal como sustitución del arte, se ha olvidado de tener estilo; o si las obras lo tienen, es según los años y la materia o tema que les toca.

Estas obras me han enseñado la relación más íntima del arte con el trabajo. No sólo es que haya visto a Abrantes sudar en la faena, rajarse las muñecas a golpe de buril y mazo (no sé si ustedes habrán sentido cómo es de duro el mármol de Paros, la piedra negra de Calatorao, el viejo granito de Pereruela: hace falta verlo y palparlo domeñado por el cincel y el asperón en ondulaciones delicadas, con sentido de piel viva, para saberlo un poco) sino que en las obras, bajo el siempre blando y difuminado pulimento de sus contornos, late en el corazón de la piedra misma la dureza del trabajo. El arte es una caricatura del trabajo humano, del forzado y necesario. Y por eso es el esfuerzo (y su ocultación bajo la gracia) inseparable del arte, y es vano esperar que la genialidad o capricho personal produzca nada que pueda valer para gozo de la gente, aunque sirva para adoración y compra por las masas ocultas.

Pero además las esculturas representan casi todas masa de mujer, ya enteras, o ya más bien torsos centrados alrededor del regazo, lo que la moral mandaba tapar antaño. Y estas obras son tan castas y tan sensuales... ¿Cómo pueden darse juntas las dos cosas? Ha habido una transmutación, una alquimia de cincel, entre materia y tema: la sensualidad de la mujer está en la piedra, es la de la piedra. Es como si, en contrapunto de la situación habitual, en que el tesoro de ternura y sensualidad de la hembra de hombre se encuentra, al abrazo, trocada en la dureza y esquinamiento a que la ley del Padre la condena, en cambio en estas obras aquella sensualidad y ternura de las mujeres se hubiera trasladado a la piedra dura, y quedado allí encantada, en piel viva de piedra, para las manos desengañadas de los hombres. Ya que el tiempo hace piedra a las mujeres, ¡hágase mujer la piedra!

Agradezcamos a Ramón Abrantes este esfuerzo de transmutación, y deseémosle larga vida y fuerzas para acometer moles mayores, del tamaño de las diosas.

AGUSTIN GARCIA CALVO



MARMOL 45 X 23 X 15